

Leopoldo Fernández Gasalla

**ESTUDIO HISTÓRICO ARTÍSTICO
DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA
REAL DE ENTRIMO
(OURENSE)**

El ayuntamiento ourensano de Entrimo está situado en la parte suroriental de la comarca de la Baixa Limia, lindando con Portugal y encaramado a 511 m. de altitud sobre las estribaciones de la Serra de Leboeiro. En su capital, Terrachán, se emplaza la espléndida iglesia barroca de Santa María A Real, en cuya construcción hay motivos muy fundados para creer que participaron artistas tan destacados como los arquitectos Francisco de Castro y Canseco y fray Plácido Iglesias.

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

Durante las épocas medieval y moderna, las escasas noticias publicadas de las que podemos valernos para trazar un perfil histórico de esta zona hacen referencia a un complicado entramado de derechos jurisdiccionales y económicos. La primera mención documental conocida data del 27 de febrero de 938, cuando la madre de S. Rosendo, Ilduara, donó al monasterio de Celanova posesiones en diversos lugares entre los que se menciona el de Interimio, lo cual prueba la vinculación de la localidad al cenobio desde el período fundacional de éste (927-942). Entrimo quedaría englobado, por tanto, en el proceso de colonización monacal de estos territorios del sur de Galicia en tiempos de Ordoño II de León, durante el cual se restauró S. Estevo de Ribas de Sil (921), casa matriz de Celanova.

A partir de 1081 los efectos de la reforma gregoriana impulsada desde Roma llegan al noroeste peninsular, provocando una remodelación de los obispados que llevó a éstos a intentar definir sus límites territoriales. En el contexto de los litigios generados por este proceso, es en donde debemos insertar una concordia entre el obispo Martín de Ourense y el abad Pelayo de Celanova, fechada el 6 de enero de 1149 y otorgada para fijar los límites de la jurisdicción y posesiones de sus respectivas instituciones. Se acuerda por su tenor que en adelante dicho monasterio gozaría, entre otras, de todas las rentas de la iglesia de “Sancti Salvatoris de Interimii”. Pese a estos intentos de acuerdo, las disputas continuaron hasta 1221 por cuestiones que afectaban a la jurisdicción eclesiástica.

Por su parte, el dominio jurisdiccional de esta parroquia, que posteriormente

cambio su advocación por la de Santa María, parece haber sido de posesión real, según se determina en un pleito litigado entre el I Conde de Rivadavia y los vecinos de Entrimo en 1502. Aunque en 1777 afirmaba el ilustrado párroco de Covelas, Pedro González de Ulloa (1714-1790), que los lugares de Lobeira, Entrimo, Arauxo y Abelenda fueron cedidos por Enrique II en 1368 a su partidario Juan Rodríguez Biedma, admitía que en el momento en que escribía, era el monasterio de Celanova quien ponía jueces y percibía ciertos emolumentos en las jurisdicciones de Lobeira y Entrimo. Deducía, pues, que en algún momento desconocido habían sido enajenadas de la casa de Biedma. Tal cesión real debe entenderse dentro de la campaña emprendida por Enrique de Trastámara para ganar apoyos frente a su hermano Pedro I. En realidad, por el tenor del pleito arriba mencionado, sabemos que a principios del siglo XVI la jurisdicción civil y criminal de varias parroquias del concejo le fue reconocida al citado conde de Rivadavia, D. Bernardino Sarmiento, mientras que la de las restantes continuó siendo propiedad real. Vicente Risco, sin citar fuentes ni referencia cronológica concreta, afirma que durante la Edad Moderna la jurisdicción de Entrimo promovió un pleito cuya resolución puso fin al dominio celanovense, con lo cual pasó a ser de realengo, pero no deja claro a que parte de la jurisdicción se refiere. En cualquier caso, teniendo en cuenta el mencionado testimonio de González de Ulloa, tuvo que sentenciarse este litigio con posterioridad a 1777. De hecho, todavía en 1772 se colocó en la puerta de la sacristía norte de Sta. María, el escudo de Celanova en testimonio de su patronato.

En lo que al curato de Entrimo se refiere, el propio González de Ulloa aseguraba que era “provisión alternativa entre el Monasterio de Celanova, la dignidad episcopal y la Cámara de Castilla”. Según Duro Peña, la visita pastoral dependía del abad de Celanova después de la avenencia firmada con la mitra en 1539. En realidad, la presentación de los párrocos correspondía al prelado celanovense, unas veces adscrita su condición de arcediano y miembro del Cabildo ourensano y otros en su condición abacial. Por su parte, Cid Rumbao indica que esta feligresía poseía categoría de abadía, atribuyéndolo a que quizás hubiese sido en tiempos remotos monasterio integrado en el de Celanova como priorato. Sin embargo, ni el historiador celanovense fray Benito de la Cueva (1613-1649) ni los estudiosos posteriores han ofrecido ninguna referencia que confirme tal hipótesis. Sea o no cierto, la antigüedad de la presencia de los benedictinos en Entrimo justificaría de por sí el que siempre mantuviesen la pretensión de colocarla bajo su completa autoridad, desgajándola de la jurisdicción real a la que pertenecía. De hecho, ya desde el siglo XIII el monasterio mantuvo una pugna con el poder real justamente en esta área, en donde su jurisdicción limitaba con la del monarca. De su perduración nos da noticia Risco, según el cual en 1739, el abad de Entrimo, el P. Manjón, reclamó judicialmente contra la colocación de las armas de Felipe V en la fachada de la iglesia parroquial.

Por lo que a la evolución socioeconómica de Entrimo respecta, hay que decir que la pacificación impuesta por los Reyes Católicos en Galicia a partir de 1480 y el renacimiento monasterial consecuente, iniciado sobre todo desde 1498, debió de surtir efectos particularmente positivos. Este fortalecimiento de la autoridad real y la ausencia de conflictos bélicos con Portugal durante los reinados de Carlos I y de Felipe II, favoreció el crecimiento demográfico. El efecto de estas circunstancias se manifiesta en como la parroquia de Entrimo, que entre 1460 y 1487 contaba únicamente con 6 vecinos pecheros, alcanza en 1571 los 250. Su anexo, S. Fiz de Galez, pasó, por su parte, de 30 a 70 vecinos. Estos datos deben tomarse con prudencia, pues proceden de censos que, por su finalidad fiscal, son proclives a sufrir ocultaciones. Aún así, nos hallaríamos ante el índice de crecimiento más elevado de toda la diócesis ourensana para dicho período (a fines del siglo XVI la ciudad de Ourense poseía 400 vecinos). Con todo, las lagunas en la información son muchas y desconocemos, por ejemplo, si el brote de peste que a fines de 1575 afectaba a Xinzo llegó a infectar esta parte de la comarca de A Limia o que repercusiones tuvo aquí la crisis alimentaria de 1598.

Si, superando este tipo de avatares, el siglo XVI tuvo en Galicia un balance demográfico neto positivo, en principio es de creer que en Entrimo sucediese otro tanto durante las primeras cuatro décadas de la centuria siguiente, a pesar de algunos años de malas cosechas y brotes epidémicos que afectaron a todo el reino. Estos avances fueron perturbados por la guerra contra Portugal (1640-1668), la cual tuvo que perjudicar a la economía de la zona, pues aunque las principales acciones militares se centraron sobre todo en el Bajo Miño y se produjeron prolongados períodos de tregua, no faltaron las incursiones y saqueos por parte lusa y las levadas y requisas por parte española. De hecho, por ser zona fronteriza en la cual los vecinos se veían obligados a prestar servicios de centinelas y a acudir a la defensa del reino, ya habían quedado exentos de cargas militares, salarios y contribuciones por Real Carta de Felipe III dada en marzo de 1608. Dicha carta fue confirmada por Felipe IV en julio de 1643, debiendo ser exhibida en varias ocasiones ante los requerimientos de las autoridades. Esta importante exención estaba más que justificada, pues la presencia de la poderosa fortaleza Castro Leboeiro justo al otro lado de la raya, disputada sobre todo en los meses de mayo y junio de 1666, fue una amenaza continua a lo largo de la contienda. Tras el final de la Guerra de Restauración portuguesa, se recuperó momentáneamente la calma, pero ya durante los años 1671 y 1672 recomenzaron las reclutas para la guerra contra Francia, siendo embargados los granos 1681 por el corregidor de Ourense para abastecer a la Armada. Con el estallido de la Guerra de Sucesión, Entrimo volvió a padecer el peso de las armas amigas y enemigas. Si en 1704, al igual que Lobios y Lobeira, debía dar alojamiento al tercio allí acantonado, su partida en noviembre de 1705 facilitó una profunda incursión del ejército portugués. Durante el mes siguiente, las milicias de la zona hicieron retroceder al invasor más allá de la frontera, sin que aparentemente volviesen a internarse en la comarca hasta el final de la guerra.

Algunas referencias indirectas apuntan a que durante los reinados de Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, la economía parroquial fue relativamente próspera, aunque siempre dentro de los límites impuestos por la agricultura de autosubsistencia que se practicaba en Galicia. Según el ilustrado Lucas Labrada, en el valle de A Limia “el producto de su parte cultivada es el centeno, algún maíz, mucho pasto y abundancia de ganados”. En cuanto al curato de Entrimo en concreto, González de Ulloa aseguraba que era “muy pingüe” y que estaba “reputado en cuatro mil ducados de producto para el cura [...] sus conveniencias y regalías son muchísimas”. De hecho, al compararlos con otros datos de esta misma fuente se observa que el monto de los diezmos de esta feligresía multiplicaba por cuatro la media de la diócesis y, puesto que los sacerdotes percibían el 74'4% de la masa diezmal, el total de lo recaudado ascendería a unos 5.400 ducados. Estos crecidos caudales permitían que la casa rectoral pareciese “un pequeño palacio”. Además, en 1781 el párroco D. Antonio Manjón Rico hizo construir en el lugar de Casal de Alén un pazo de notable empaque, llamado Casa de Represa. Por su parte, la vitalidad demográfica de esta jurisdicción queda patente al comprobar que, en el censo de mozos de 1762, se recuentan 190 varones comprendidos entre los 16 y los 40 años, susceptibles de ser reclutados para el ejército. En 1787 el Censo de Floridablanca sumaba en Entrimo 2.760 habitantes. Esto coincidiría con el crecimiento experimentado en general en Galicia entre finales del siglo XVI y mediados del XVIII, pese a las pestes y hambrunas mencionadas y a otras como las de 1701, 1747 ó 1768-1769.

ESTUDIO ARTÍSTICO

Como indicaba en 1845 el Diccionario geográfico dirigido por Pascual Madoz, el edificio parroquial de Santa María de Entrimo, “es de los mejores de la provincia por su solidez, capacidad y belleza”. Casi siglo y medio después, en 1983, Manuel Fernández Vidal, opinaba que por su antigüedad, magnificencia, estilo, emplazamiento, e historia puede ser considerado como la catedral de la comarca. Pese a estos juicios encomiásticos, su estudio detallado ha quedado hasta ahora pendiente, pues, a pesar de que, según Xosé Ramón Fernández-Oxea, Xaquín Lorenzo habría analizado el templo ya antes de 1950, que sepamos no llegó a publicar sus conclusiones. En 1966 era Antonio Bonet Correa quien llamaba la atención sobre este edificio, al cual clasificaba junto con el Santuario das Ermitas entre aquellos que acusaban influencias castellano-leonesas y portuguesas, pero sin realizar otras observaciones sobre el particular.

Las noticias referentes al primitivo templo son mínimas y proceden de las fuentes notariales. Lo que sabemos apunta a que, siguiendo los preceptos instituidos por la doctrina trentina y seguramente como consecuencia de las visitas pastorales, se procuró durante los siglos XVI y XVII mantener la decencia del culto. Así, el pintor ourensano Pedro Vázquez Alonso declara en su testamento fechado el 16 de diciembre de 1597, que para esta iglesia había encarnado y estofado las

imágenes de Sta. Catalina y Sta. Lucía. A juzgar por sus rasgos manieristas, la segunda de ellas debe de ser la talla que se encuentra en la hornacina de la derecha del retablo del Rosario. Sabemos también que el escultor portugués Alonso Martínez confeccionó para la iglesia de Entrimo un retablo, de cuyo pago le fueron adelantados cuarenta ducados, según consta por carta de pago extendida el 11 de febrero de 1611.

El contexto bélico descrito permite explicar la ausencia de otras noticias sobre la fábrica de Entrimo con anterioridad a 1708, pues, si bien es cierto que el archivo parroquial fue incendiado por los portugueses en 1705, tampoco los protocolos notariales ofrecen información que desmienta la inexistencia de nuevos encargos.

Acaso fue una circunstancia relacionada con San Fiz de Galez -parroquia anexa Santa María de Entrimo-, la que incitó a la reconstrucción de la iglesia matriz. Entre 1695 y 1700, el canónigo de Salamanca D. Domingo Rodríguez Arauxo, natural de la comarca, donó a Galez un dedo de San Félix, que hizo traer de Gerona. El fervor religioso que despertó en toda la zona y en el vecino Portugal, permitió construir un santuario de cierta importancia con las limosnas entregadas por los devotos, que acudían a solicitar la imposición de la reliquia como remedio contra las mordeduras de perros rabiosos y animales ponzoñosos. Es muy posible que el afán de emulación estimulase al abad y a los vecinos de Terrachán a emprender la reedificación a cimentis de la misma, en cuanto concluyeron en la zona las hostilidades de la guerra de Sucesión. Ello sucedió justamente en 1707.

Análisis descriptivo.

El edificio que hoy puede verse presenta planta de cruz latina de tres naves, anchos brazos que sobresalen en planta y media naranja cobijada por un cimborrio octogonal. Como los brazos del transepto, la gran capilla mayor entre sacristías aparece reforzada en sus ángulos por grandes pilastras toscanas. Su longitud aproximada de 45 metros de largo por 20 de ancho, pocos años después de terminarse hacía declarar a González de Ulloa que parecía colegiata. Verdaderamente era ajustada esta observación, sobre todo si comparamos su tamaño con los 60 metros de longitud de la monumental iglesia monasterial de Celanova.

Efectivamente la mole de Santa María Real, asentada sobre una terraza al borde del camino, impresiona sin duda a quien divisa tanto las eminencias de su torre y su cimborrio, como –ya más cerca- el vibrante claroscuro del rico retablo pétreo de su fachada principal. El espacio en torno a la iglesia aparece organizado, teniendo en cuenta tanto sus funciones simbólicas de tipo litúrgico como su carácter funcional. Parece que las grandes dimensiones del edificio obligaron a realizar un desmonte en la ladera sobre la que se alza, generando o ampliando el desnivel con respecto al plano inmediatamente superior, en el que se alza la casa rectoral. Esa diferencia de alturas se salva mediante una interesante escalera de

doble tramo y ondulado repecho, que sirve de nexo y articulación entre el monumento y la rectoral. La extensión que rodea la iglesia aparece circunvalada por una cerca de mediana altura constituida por sillares de cantería de buen tamaño y cuidada estereotomía. La cancilla de acceso ha sido realzada duplicando la altura de los dos tramos de muro que la flanquean formando sendos ángulos rectos. Éstos fueron sometidos al rigor del orden toscano mediante el refuerzo de sus esquinas con pilastras de fuste retundido y por la coronación de su parte alta con un entablamento, en cuyos extremos se acomodan pináculos derivados del modelo herriano de pirámide con bola. El ritmo de la cerca viene marcado por la intercalación pilastras, que marcan los tramos y sirven de pedestal a cada una de las estaciones de un Vía Crucis, cuya culminación es el calvario que ante la portada del lado del Evangelio corona el frontis de la escalera antes mencionada.

La fachada principal, dividida en tres calles, lo mismo en altura que en anchura manifiesta bien a las claras la estructura tripartita interna del templo, recalándose la preeminencia de la nave mayor con el añadido de un ático que rebasa la altura de la cúspide del tejado. El protagonismo de la calle central se hace completo al presentarse las alas laterales sin más decoración que la contenida en el friso, además de los florones con los cuales se adornan los tímpanos de los medios frontones que les sirven de frontispicio. El ingreso al templo se realiza a través de un arco de medio punto apeado sobre impostas de orden compuesto, demostrando incluso en esto una clara vocación preciosista. Lo mismo sobre las jambas que a lo largo de la rosca del arco se extiende una menuda ornamentación vegetal de zarcillos y cogollos, que converge hacia el florón de la clave. Completan el adorno de esta parte dos niños desnudos de reducido tamaño, quienes con resonancias apocalípticas hacen sonar sus trompetas desde las enjutas del arco, mientras que sobre la clave, ya inserto en el friso, un tercer personaje revestido con túnica tañe una vihuela. A ambos lados de esta puerta de entrada se alzan sobre pedestales sendos tríos de columnas, cuyos netos se embellecen con florones y mascarones de inspiración manierista. Las columnas exteriores son de orden compuesto, con fuste estriado y dividido en tercios, mientras que aquellas que ocupan el lugar central prescinden, por contra, del fino estriado del tercio medio y extienden las finas acanaladuras funiculares a los dos superiores. Finalmente, las columnas interiores, que poseen fustes helicoidales en los dos tercios superiores y acanaladuras en el inferior, se hayan respaldadas por retropilastras de las que carecen sus compañeras. Son dignas de notarse las estrechas sartas de frutas que animan el retundido de los fustes en las caras interiores de estas lesenas. Toda esta animada variedad de soportes se encuentra enmarcado a su vez por robustos contrafuertes, que adoptan la forma de volutas perpendiculares al muro en su parte baja.

Los dos cuerpos superiores sirven de soporte para el despliegue de un conjunto escultórico en el cual se desarrolla el tema de la Asunción de la Virgen. En el segundo piso podemos ver un amplio nicho central que cobija a María en actitud orante, elevada hacia los cielos por un trono de ángeles, mientras que sobre ella

dos querubines sostienen una corona imperial. El espacio central del tercer piso acoge un panel en relieve con la Santísima Trinidad en actitud de coronar a la Madre de Jesús. Contemplando este conjunto, enseguida surgen ante nosotros composiciones semejantes con el tema de la Realeza de María, presentes en retablos contemporáneos. Así, en la propia provincia de Ourense se encuentra el ejemplo del retablo mayor de Santa María de Cartelle, datable a mediados del siglo XVIII. Podríamos mencionar también otros ejemplos de la retablística castellana de la época, como el retablo mayor de la parroquia de Fuentes de Valdepero (Palencia), ejecutado en 1711 por Alonso de Manzano o el retablo mayor de la Iglesia de la Asunción de Villasandino (Burgos), obra de Diego de Suano. En cualquier caso, todos ellos tienen como modelo último la parte superior del grabado de Alberto Durero con este tema. El que en Entrimo aparezca Dios Padre tocado con una tiara papal, creemos que aclara como la composición llega hasta aquí pasada por el filtro de la escuela castellana de Gregorio Fernández, puesto que el parecido con lo entallado por su discípulo Mateo de Prado en la sillería de coro de S. Martín Pinario de Santiago hace que se constituya en un claro precedente.

Constructivamente, el esquema aplicado en esta parte de la fachada se hace, si cabe, más manifiestamente retablístico. La proliferación de columnas salomónicas flanqueando a las imágenes, aisladas y en tríos, sin más diferencias entre ellas que pequeñas variaciones en la decoración de los netos de sus pedestales (mascarones, hojas canescas, volutas vegetales) o en los paneles que entre ellas se intercalan, hacen de este sector del imafronte un verdadero ejercicio de paronomasia arquitectónica.

El remate se hace mediante un ático que, a nuestro juicio, es lo menos logrado del conjunto, sobre todo teniendo en cuenta la maestría con la que Domingo de Andrade se había valido de la transparencia y del vacío activo en el Pórtico Real de la Catedral de Santiago, concluido en 1700. Quizás la razón de esta tosquedad se deba a alguna modificación del proyecto inicial, por requerir éste soluciones técnicas demasiado caras o complejas. Este último cuerpo, macizo y de poca altura, se organiza a base de recios machones cajeados y paneles con florones que liberan en su parte central el hueco preciso para insertar las armas reales de Castilla y León. El frontón recto que lo culmina se quiebra a ambos lados de un fastigio sobre el que campea una figurilla, a la cual acompañan otras dos a modo de acróteras. El enlace de esta peñeta con las naves laterales se realiza de un modo poco airoso, mediante la colocación de volutas coronadas por bolas asentadas sobre pedestales, en las que resalta un anillo ecuatorial.

Sin duda a causa de su inspiración en el mundo de la arquitectura en madera, resulta notable el movimiento en planta de esta calle central, cuyos soportes se escalonan proyectándose hacia el espectador en un alarde de elocuencia barroca. No olvidemos que, como en su día señaló Argan, la profusión de columnas en las fachadas de este período responde en todos los casos a un ansia de enfatizar la importancia del edificio al que adornan. Se prescinde, por tanto, de organizarlas

siguiendo una estructuración tectónica dependiente de la organización interna del alzado. Las veintidós columnas de la fachada principal de Entrimo constituyen una plétora absolutamente única, que ni antes ni después posee parangón en toda la historia del barroco gallego. De hecho, ni siquiera en las fachadas más exaltadamente barrocas de Andalucía o de los reinos de la Corona de Aragón se alcanza este paroxismo, verdadera apoteosis del orden salomónico. La nerviosa vibración lumínica que a cualquier hora del día provoca la repetición de soportes, que como un eco se difunde hacia lo alto, evoca más el dorado reverberar de los retablos de Celanova, que la recia solemnidad clásica de su fachada. La alternancia de los elementos plásticos emergentes con los paneles, nichos y recovecos que entre ellos se disponen, se combina con la convexidad general de la planta, mientras que la disminución progresiva de la altura de los pisos acelera sabiamente las líneas de fuga, provocando un trampantojo perspectivo que recalca el valor ascensional del conjunto.

Situado a la izquierda del espectador -que tras entrar en el atrio contempla la fachada principal-, el campanario cierra el paso por ese lado, orientando hacia la derecha el recorrido en torno al edificio. Si proseguimos el recorrido en torno a la iglesia y rebasamos la pilastra toscana que marca la esquina, llama nuestra atención el original modo en el que los contrafuertes que afianzan los tramos se enroscan en forma de voluta sobre la basa, para culminar a la misma altura del friso en roleos vegetales. El entablamento continúa aquí con su friso de zarcillos. Llegados ya ante la portada del lado de la Epístola, nos encontramos de nuevo ante planteamientos derivados del mundo de la talla, pues nos parecerá hallarnos ante el colateral correlativo al gran retablo mayor que preside la fachada principal. No obstante, la decoración se hace ahora mucho más contenida. Una recia puerta con molduras acodadas, escoltada por parejas de columnas compuestas de fuste liso sobre pedestales, es correspondida en un segundo cuerpo por un nicho con la imagen de S. José con el Niño en brazos. Como en la hornacina de la fachada principal, se inserta ésta entre columnas salomónicas, desprovistas aquí de vides y racimos. A sus lados, dos paneles con arabescos dan paso a otros dos pares de columnas de similar factura a las del cuerpo inferior. En lo alto, un frontón recto, con el tímpano decorado por una hoja canesca, sirve de trono a una pequeña Inmaculada del tipo acuñado por Gregorio Fernández. El programa iconográfico aquí desarrollado responde a planteamientos plenamente contrarreformistas: la castidad del esposo de María y su virginidad inmaculada constituyen el núcleo de la Sagrada Familia en cuyo seno crecerá el Salvador.

Aparece esta portada un tanto abrumada por la colosal y austera mole ortogonal de la cabecera. De hecho, la completa ausencia de elementos ornamentales evidencian que nos hallamos en esta parte, ante el fruto de una época artística diferente. Los recios cubos de cantería de los brazos del crucero, capilla mayor y sacristía, se escalonan en altura para culminar en el tambor octogonal del cimborrio, sobre el cual campea una graciosa linterna cupulada y adornada por volutas y pináculos. La portada lateral del lado del evangelio difiere completamente del

estilo de las de las otras fachadas. Su puerta se acompaña con recias pilastras de fuste retundido, en las cuales reposa un frontón quebrado de grandes volutas invertidas. En medio de ellas se abre el nicho avenerado que cobija la imagen de Cristo Rey. Son justamente los aletones de este frontón los que sirven de apoyo para un nuevo par de pilastras, que ascienden hasta sobrepasar el alero del tejado y sostienen un nuevo frontón quebrado.

Continuando nuestro rodeo y justo antes de regresar ante la fachada principal, encontramos el campanario alzándose junto a la nave del Evangelio. Sobre un primer cuerpo prismático de elevado zócalo y reforzado por pilastras, se despliega una airosa balaustrada. En su recinto se inserta el cuerpo de las campanas con sus pilastras retundidas en las esquinas, entre las cuales se abre en cada fachada un arco de medio punto peraltado sobre impostas. La cornisa sostiene sobre sí un cupulín asentado en un elevado tambor ciego, adornado con volutas. Acróteras de pirámide con bola coronan las esquinas de la cornisa y la cúspide del campanario.

Ya dentro de la iglesia apreciamos como el espacio interior se articula mediante tres naves separadas por pilastras toscanas, las cuales se componen a su vez de cuatro tramos cubiertos con bóvedas de crucería cuatripartitas, cuyos perfiles aparecen reforzados por nervios y cerrados por clave. El primero de estos tramos se encuentra ocupado en la parte correspondiente a la nave mayor por el coro, que fabricado en cantería descansa sobre un amplio arco escarzano. El acceso a él se realiza a través de una escalera del mismo material, que parte de la nave de la Epístola, y en cuyo último tramo comienza la elegante balaustrada que sirve de remate a la tribuna del coro. En el muro del lado del Evangelio se abre la puerta de ingreso a la estancia que, en el cuerpo inferior de la torre, hace las veces de baptisterio. Tras un segundo tramo carente de particularidades notables, el tercero presenta en cada nave lateral sendas capillas hornacina. La ausencia de molduración del dovelaje de sus arcos cabe atribuirla a que debió de estar previsto desde el principio el que fuesen recubiertos por un enmarcamiento de talla que proyectase el retablo más allá de la embocadura, potenciando sus valores escenográficos. Así puede verse en la hornacina de la nave del Evangelio, la cual se nos muestra orlada por un simulacro de baldaquino, cuyo telón se descorre para mostrarnos el retablo que cobija. Al cuarto tramo le corresponde la apertura de las portadas laterales, que hacia el interior no presentan ninguna clase de decoración.

Sobre el crucero campea una media naranja sostenida por pechinas y guarnecida al exterior por un cimborrio octogonal, rematado por una airosa linterna cupulada. Estructuralmente, se sigue en él el modelo de lo hecho en Celanova cien años atrás por Pedro de Monteagudo, quien a su vez se inspiró en la cúpula del monasterio de Montederramo, pero han sido suprimidos los detalles decorativos como la balaustrada exterior, las gárgolas y los pináculos.

La cabecera de testero plano y capilla mayor entre sacristías, se ajusta en planta a recetas vignolescas derivadas del Gesú de Roma, cuyo primer ejemplo en Galicia fue la iglesia del Colegio de los Jesuitas de Monterrei, pero que sin duda se aplicó aquí partiendo sobre todo del modelo del templo de Celanova, el cual se

inspiraba a su vez en la iglesia del monasterio de El Escorial. El contraste entre una planta tan conservadora y la profusión decorativa en las fachadas exteriores, no debe sorprender, pues fue pauta común a todo el barroco gallego hasta bien entrado el siglo XVIII. El alzado continúa el ritmo de las naves pero con mayores proporciones. Así, de nuevo son pilastras toscanas las que soportan una cubierta de bóveda nervada con lunetos. A ambos lados, sobre las sencillas portadas de acceso a las sacristías, adornadas por pilastras toscanas con fuste retundido y coronadas por frontones quebrados con fastigio en alto, se abren los poderosos arcos de las tribunas. Su papel era claro: servir como testimonio del derecho de patrocinio y presentación que correspondía alternativamente al obispo de Ourense y al abad de Celanova, como demuestran los escudos insertos junto a las puertas.

La iluminación del templo se realiza fundamentalmente mediante los vanos que se abren en los lunetos de la nave mayor, del crucero y de la capilla mayor, pero también a través de las ventanas del segundo tramo de las naves laterales y de la linterna del crucero.

Etapas constructivas

Desde el punto de vista cronológico cabe distinguir en el conjunto dos partes fundamentales terminadas con treinta y tres años de diferencia. La primera, correspondiente a las naves de la iglesia, a las fachadas principal (Oeste) y del lado de la Epístola (Sur), junto con el campanario, se habría edificado entre 1708 y 1739, aunque dado lo dilatado del período, seguramente con interrupciones. Bajo el ático que corona la fachada principal se observa un escudo con las armas reales sobre una anacrónica águila bicéfala de los Austrias, con la segunda de estas fechas y la inscripción “EX INDULTO REGIS HUIC POPULO. SUB TITULO B.M.V.”, la cual debe ser entendida a la luz de la Real Carta mencionada. Era su abad por entonces D. Agustín Leboso.

La segunda parte correspondería a la cabecera de la iglesia, incluyendo el crucero, la cúpula y la portada exterior del lado del Evangelio. También sería fruto de este momento el coro, cuya deficiente articulación con la cantería de las pilastras del tramo prueba haber sido añadido en un momento posterior a la construcción de los pies de la iglesia. Esto explicaría el que su balaustrada se repita en las tribunas del presbiterio. Así mismo, creemos las capillas hornacinas del segundo tramo de las naves fueron fabricadas entonces, porque sobresalen hacia el exterior de un modo tan pronunciado y quebrando la coherencia en la articulación del muro hasta un punto, que no puede tratarse más que una solución de compromiso. Finalmente, es insertable dentro de este período cierre del atrio y la escalera que comunica con la aldea inmediata.

Esta etapa es datable a partir de la inscripción situada en torno al escudo de Celanova, que se encuentra bajo la tribuna del lado del Evangelio de la capilla mayor, la cual reza: “CAROLO III ANNUS 1772 IN PATRONATUS CÆLLÆ-NOVÆ MEMORIALE PERENNE ANNUENTE”, y que fue colocada siendo

abad del monasterio fray Benito Uría y Valdés (1767-1773). Es más que probable que la acusada dilación en la continuación de las obras, se debiese a la tirantez reseñada entre la corona y los benedictinos, puesto que, la reconstrucción de la capilla mayor, correspondía a los patronos de la misma.

En lo que a la primera parte se refiere, la influencia de los planteamientos estéticos de Francisco de Castro y Canseco, aparecen patentes en las fachadas oeste y sur. No hay duda de que este arquitecto leonés proporcionó algunos diseños para ella, porque son muy acusadas las semejanzas de estilo. De hecho, ya García Iglesias ha llamado la atención sobre la estructura retablística de la fachada principal. Entre los elementos de estilo característicos de la obra en madera de Canseco encontramos, por ejemplo, el mismo tipo de paneles con zarcillos en ambas fachadas que en los retablos colaterales del monasterio de Celanova. También la clase de nichos flanqueados por columnas salomónicas, es asimilable a los usados en el retablo mayor de ese monasterio o en el del monasterio de S. Paio de Santiago. Existen, además, toda una serie de detalles identificables con los modos de hacer del leonés: el tipo de sartas de frutas visibles en el último piso y en las pilastras del segundo cuerpo -muy parecidas, por ejemplo, a las de los retablos laterales de la capilla del Sto. Cristo de la catedral de Ourense- o la manera de enmarcar los paneles de los relieves liberando todos sus lados, excepto el superior que se adhiere al entablamento. Igualmente encajan con sus modos los florones que se sitúan en los tímpanos de los medios frontones de las naves laterales, asimilables a los que el artista emplea en la hornacina central del retablo de la capilla de la Resurrección de la Catedral de Ourense. Destacan especialmente los paralelismos con el primer cuerpo de la fachada de la portería del monasterio de Oseira. De la misma manera que sucede en ésta última, en la puerta principal de Entrimo se emplea un arco de medio punto con su rosca y jambas decoradas con ornamento vegetal menudo. A ambos lados potentes columnas salomónicas remarcan ese sentido escultórico.

También parece que obra de Canseco toda la organización general del cuerpo de la iglesia, como muestra la rica decoración de su entablamento exterior. En esta, además del friso corrido que aparece ornado con arabescos vegetales, dos personajes se alzan sobre ella jalando una recia maroma pétreo enhebrada en argollas, que recorre todo el perímetro de las naves de portada a portada. Este gusto por la anécdota y lo figurativo transluce nuevamente la mano de un escultor y un retablista, más que la de un arquitecto.

Además de estos argumentos estilísticos, existen otros de tipo cronológico. Durante los años en que se inician las obras que estamos estudiando, Castro y Canseco era el único arquitecto verdaderamente prestigioso de la diócesis. Trabajó para los frailes de Celanova al menos entre 1693 y 1714 y, además, ejercía a la sazón el cargo maestro de obras de la catedral de Ourense, esto es, estaba al servicio de los dos patronos del Entrimo. Por si esto fuese poco, acababa de demostrar su destreza en el campo de la cantería trazando y dirigiendo la construcción de la fachada del monasterio de Oseira entre 1704 y 1706.

Como señala García Iglesias, el conjunto fue empezado a partir de la fachada principal, con certeza para mantener el culto en la capilla mayor mientras avanzaban los trabajos, pero quizá también por tratarse de una iniciativa de los vecinos de Entrimo y de su párroco y porque los patronos del templo se mostraban remisos a participar en la obra. Respecto a esta fase el libro de fábrica de la parroquia nos aporta datos importantes, hasta ahora inéditos, aunque su seguimiento de la obra se interrumpe en 1711. Así, nos permite averiguar que las tareas se iniciaron durante el curato de D. José Bedmar y Galán en el año 1708 y que las campañas constructivas se continuaron sin interrupción al menos hasta 1711. Aunque las hojas en las que el libro resume los gastos de la obra comienzan en 1708, dado que, todavía en agosto del año anterior, las tropas portuguesas amenazaron la villa de Celanova, es muy improbable que las obras hubiesen comenzado con anterioridad a la fecha que apuntamos. Resulta llamativo, por otra parte, que justamente se inicien los trabajos a lo largo de estos años comprendidos entre 1708 y 1711, por haber sido de los más estériles del siglo, aunque quizás fue precisamente el alza de precios provocada por la propia carestía del grano la que permitió el enriquecimiento de la fábrica parroquial.

Comenzó asistiendo en la obra un maestro llamado Pablo Solla, el cual se mantuvo en la dirección de la cuadrilla entre el 10 de junio y el 20 de diciembre del primero de esos años, trabajando según las cuentas 135 días. A causa del deterioro del documento desconocemos si continuó en el puesto durante el año siguiente. Sí está claro, en cambio, que entre el 9 de abril y el 20 de diciembre de 1709 formaba parte del equipo de esta segunda campaña un tallista llamado Vicente Vidal, especialista sobre el que tuvo que recaer la responsabilidad de la labra de las elaboradas piezas de la fachada principal. Durante los años 1710 y 1711 es el maestro cantero Pedro Sarrapio quien se hace cargo de la dirección de la cuadrilla, y pensamos que debió de continuar con ella al menos hasta 1721, porque en un auto dado por D. Lorenzo de Taranco y Musaurrieta, provisor de la diócesis, el 9 de mayo de ese año, se nos dice que durante el curato de D. José Bedmar se gastaron 23.875 reales del coste de la fábrica de la torre, a los que se añadían 446 que “después de la muerte de dicho abad, consta haberse pagado del caudal de primicias a los oficiales que trabajaron durante su enfermedad por el licenciado Juan Vazquez, quedando a efecto para la dicha iglesia toda la piedra quebrantada y labrada; y asimismo siete mil reales para la fabrica del frontispicio de la puerta travesía de dicha iglesia y perfeccion de las molduras y fabricado en el de la principal desde la última visita del señor Enriquez, que unas y otras cantidades da su merced por consumidas en dicha obra; como también un mill quatrocientos y setenta y tres reales que considera a Pedro Sarrapio, maestro della, por las disposiciones, plantas y visitas que hizo”.

Según las cuentas de los años 1708 a 1711 se gastaron en la obra, incluida la manutención de los operarios, 41.221 reales con 32 maravedís. Es de notar como entre los apellidos de los miembros de la cuadrilla se repiten algunos, que al igual

que el del propio Sarrapio, abundan aún hoy en la zona de Terra de Montes y sus adyacentes, como por ejemplo Solla, Costa, Cufña o Cufñas. Ello permite aclarar la procedencia del equipo ejecutor.

El campanario, fechado por una inscripción en 1727, pertenece a un estilo diverso del que se ve en el resto de la iglesia. De hecho, se aprecia una discontinuidad muy clara en el cuerpo bajo de la torre a la altura del entablamento de la iglesia. Probablemente después de 1721 se abordó su terminación, desechándose entonces el proyecto inicial. Lo construido fue reconvertido en zócalo, según se aprecia en como la estriación que presentan las pilastras en esta zona contrasta con el retundido del fuste en sus dos tercios superiores. Manifiesta todavía la influencia del esquema aplicado en las torres de Oseira en su escalonamiento en cuerpos decrecientes, de los cuales se corona el primero con balaustrada, pero está directamente emparentada ya con obras plenamente dieciochescas, como el campanario de Santo Domingo de Betanzos fechado entre 1700 y 1714, que algunos atribuyen a Fernando de Casas. Dado que entre 1712 y 1713 trabajaba en ese templo dominico Benito de Monteagudo, maestro de Terra de Montes, primo de Pedro de Monteagudo y de Pedro García, su traza pudo encontrarse entre los modelos manejados por los canteros de esta comarca y ser imitado en Entrimo. Esta tipología, con su potente balaustrada, tendrá continuidad en la diócesis, y así vemos como se retoma en la vecina iglesia de S. Miguel de Lobios, fechada en 1755.

Hemos visto que el proyecto para la iglesia de Entrimo concebido en lo esencial por Canseco, fue llevado a la práctica por los citados maestros canteros Solla y Sarrapio. Está claro que el proyecto inicial de Castro y Canseco debía de presentar una notable profusión decorativa, cuya realización tuvo que parecer excesivamente cara a los gestores de la fábrica. Por ello se procedió a una simplificación, que fue ejecutada y planeada por Sarrapio. En el interior se optó por suprimir completamente el adorno inicialmente previsto, puesto que las pilastras adosadas al muro interior de la nave de la Epístola presentan un retundido que ha desaparecido en todas las demás. Además, sólo sobre el sumoscapo de la del primer tramo se acabó de esculpir una cabeza de cuya boca brota una robusta, aunque inacabada, sarta de frutas. En la segunda pilastra la talla tan solo quedó esbozada.

El trabajo de Sarrapio nos trae el recuerdo del clasicismo desornamentado de ascendencia posherreriana, tan adicto al orden dórico y tan frecuente en los edificios levantados por los maestros de obras de Terra de Montes. Por su alineamiento bajo estos parámetros pensamos que lo hecho en Entrimo debe ponerse en relación con la reedificación de la Colegia de Santa María de Iria (Padrón), que fue llevada a cabo por Pedro García entre 1696 y 1713. Este maestro de obras se había convertido en la principal cabeza de taller de la citada comarca pontevedresa tras la muerte de su primo Pedro de Monteagudo en 1700. Fue el encargado de concluir algunas de las obras del lego benedictino fray Gabriel de Casas en Santiago a partir de 1704. Allí aprendió algunos recursos técnicos que aplicó más tarde en sus obras personales: la conclusión de la iglesia del convento de S. Antonio de

Herbón y la Colegiata de Santa María de Iria. A través de él estas soluciones renovadas pudieron muy bien ser asimiladas por sus paisanos y colegas. El recurso de reforzar las bóvedas con nervaduras podrá parecer retardatario, pero no olvidemos que pocos años atrás (1694-1697) había sido usado en la cubierta de la escalera de la sacristía del monasterio de S. Martín Pinario por un arquitecto tan competente y refinado como fray Gabriel de Casas. En realidad, este tipo de bóveda nervada no deja de ser una antigua solución de raigambre gótica, muy empleada por su eficacia en la cubrición de capillas y claustros, que se perpetuó durante el siglo XVI y que alcanzó los comienzos del siglo XVII.

Si en el interior se siguió en la cabecera la pauta de las naves, muy diferente es, en cambio, el estilo de la portada norte. Resulta ésta directamente relacionable con la coronación de la fachada monasterial de Oseira, diseñada por fray Plácido Iglesias y construida entre 1775 y 1779, es decir, pocos años después de esta de Entrimo. La mano de este arquitecto, que ejerció como maestro de obras de Celanova entre 1755 y 1780, parece estar claramente detrás de toda esta segunda fase constructiva de la iglesia.

Finalmente, también puede datarse en ese momento la tribuna pétrea del gran coro que se alza a los pies de la nave mayor, dado que su balaustrada es idéntica a la de las tribunas de la capilla mayor y que se aprecia una clara discontinuidad entre los fustes de las pilastras de ese tramo y el paramento de la propia tribuna.

El mobiliario litúrgico

Aunque no podemos extendernos aquí en el estudio pormenorizado que merecerían los retablos y púlpitos de esta iglesia, no queremos renunciar a hacer algunas observaciones esenciales al respecto.

Además del retablo mayor, adornan el templo otros cinco. Como colaterales –asentados en el transepto– aparecen los dedicados al Corazón de Jesús (lado del Evangelio) e Inmaculada Concepción (lado de la Epístola), acompañados respectivamente por los de la Virgen del Carmen y del Rosario en los extremos del transepto. Dentro de la capilla hornacina del segundo tramo de la nave del Evangelio, se inserta el de la Pasión de Cristo. Los más antiguos de ellos son los del Carmen y del Rosario, cuyas devociones están vinculadas respectivamente con las influentes órdenes franciscana y dominica. Ambos presentan cuerpo inferior tripartito con ático semicircular, en cuyo centro se representa flanqueado por pilastras el tema de su advocación. Pese a estas semejanzas, el del Rosario, con sus columnas panzudas adornadas con rocalla y guirnaldas enroscadas en el fuste parece ser más reciente, datable en torno a 1780, mientras que la utilización de estípites en su compañero nos retrotrae a los comienzos de la década anterior. Resulta evidente que las imágenes de sus hornacinas no se corresponden con el programa original, en el que tuvieron que figurar santos pertenecientes a dichas órdenes. Aparecen, en cambio, S. Roque o Santa Catalina de Alejandría. También asombra la ausencia de santos benedictinos en los retablos, que tuvieron que desaparecer tras la desamortización.

Los retablos de la Inmaculada y del Sagrado Corazón pueden clasificarse dentro de los principios del estilo Rococó, y datarse en función de sus columnas de proporciones clásicas, decoración de rocalla y policromía blanca y dorada en la década de 1770 a 1780. Tampoco aquí conservan su imaginería original., siendo la mayoría de las figuras, incluidas las de sus titulares, obras del siglo XX. Contemporáneos de estos retablos son los pulpitos, cuyos tornavoces en forma de doble cúpula bulbosa emanan un gusto orientalizante, muy propio de la moda a la turca de finales del siglo XVIII. Teniendo en cuenta la proximidad de la frontera, no resulta descabellado el pensar que hayan podido ser obra de algún taller portugués. Como en el enmarque del retablo de la Pasión, se translucen aquí los ecos de las propuestas contenidas en los tratados del editor romano Domenico de' Rossi.

Por su parte, el retablo mayor es una fábrica de gran empaque y elegancia, a tono con la magnificencia de sus patronos. De hecho puede colocarse entre los mejores ejemplos del panorama gallego de estos años finales del siglo XVIII. Desde el punto de visto estilístico presenta concomitancias con los retablos de Santa Catalina de Alejandría y de la Asunción, de la iglesia del monasterio de Oseira y que han sido datados en 1780. Se organiza mediante la yuxtaposición de parejas de columnas gigantes a ambos lados de la calle central, en la que se emplazan también flanqueadas por columnas el espacio para el expositor en el primer cuerpo y sobre él, el nicho con la Asunción de la Virgen. La fábrica se extiende hacia los muros laterales, resolviendo la continuidad en los ángulos con la colocación de sendos pares de hornacinas superpuestas. Las ventanas laterales son incorporadas al conjunto, lo mismo que las pilastras correspondientes a esta parte de la capilla, las cuales quedan ocultas bajo un forro de ensamblaje. El ático se conforma con un tímpano semicircular ornado con óvalos y medallones en los que se alternan las flores de lis de los Borbones, con estrellas y otros motivos análogos. El guardapolvo que sobre él se alza, lleva en su centro las armas de Castilla. La calle central se encuentra poblada por querubines, una pareja de los cuales sostiene los soportes de las lámparas desde la cornisa del ático. Merece especial mención la riqueza polícroma que dota el conjunto de un aire fastuoso y palaciego, pues al blanco de los fustes y dorado de capiteles y rocallas, se añaden los jaspeados en rojos, verdes y azules.

Conclusión

Después de lo visto, no cabe sino concluir que Santa María de Entrimo debe ser valorada como uno de los más brillantes ejemplos del barroco gallego. La prosperidad de sus rentas y la búsqueda de la excelencia por parte de sus patronos, permitió que participaran en su fábrica los mejores arquitectos de la diócesis en el momento de su construcción.

NOTAS

¹ SÁEZ, Emilio y SÁEZ, Carlos, Colección diplomática del monasterio de Celanova (842-1230), Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1996, p. 132.

² DÍAZ Y DÍAZ, Manuel. C. y ORO Y TRIGO, Pilar del, “La diócesis de Orense hasta 1100”, en GARCÍA ORO, José (coord.), Lugo. Mondoñedo-Ferrol, Orense. Historia de las diócesis españolas, XV, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2002, pp. 390-391.

³ PÉREZ RODRÍGUEZ, Francisco Javier, “La diócesis de Orense: de la reforma gregoriana al Concilio de Trento”, en GARCÍA ORO, op. cit., pp. 399-401.

⁴ DURO PEÑA, Emilio, Documentos da catedral de Ourense, Santiago, Consello da Cultura Galega, 1996, p. 17. ANDRADE CERNADAS, José Miguel, O Tombo de Celanova, Santiago, 1995, doc. 155. Sobre el enfrentamiento jurisdiccional entre ambas instituciones durante los siglos XII y XIII vid. eiusdem, El monacato benedictino y la sociedad de la Galicia medieval (siglos X al XII), Sada (A Coruña), Edición do Castro, 1997, pp. 183-185.

⁵ PÉREZ RODRÍGUEZ, op. cit., pp. 401 y 464.

⁶ NOVOA BLANCO, Manuel, “Pleito entre los vecinos de Entrimo y el Conde de Rivadavia”, Boletín Auriense, 14-15, 1985, pp. 265-277.

⁷ GONZÁLEZ DE ULLOA, Pedro, Descripción de los Estados de la Casa de Monterrey en Galicia (1777), Edición, prólogo y notas de José Ramón y Fernández Oxea, Santiago, Instituto P. Sarmiento. CSIC, 1950, pp. 195-196. Elvira Biedma, hija y heredera de Juan Rodríguez de Biedma había casado con Diego López de Zúñiga, heredero de la casa de Monterrey.

⁸ PALLARES, M^a Carmen y PORTELA, Ermelindo, Galicia en la época medieval, Proyecto Galicia, II, A Coruña, Hércules Ediciones, 1991, pp. 421 y 426-428.

⁹ RISCO, Vicente, “Orense”, en CARRERAS Y CANDÍ, F. (dir.), Geografía General del Reino de Galicia, X, Barcelona, Alberto Martín, 1930-1936, p. 410. Risco debió de emplear materiales allegados por Benito Fernández Alonso, cronista de Ourense y conservador del Museo Provincial, el cual había comenzado la redacción de este tomo de la enciclopedia y era natural del propio Entrimo. Sobre él BARBOSA LORENZO, Carmen, Benito Fernández Alonso, su vida y su obra (1848-1922), Entrimo, Concello de Entrimo, 1995.

¹⁰ Recuérdese además que, durante el reinado de Carlos III, la política ilustrada tendió a fortalecer el poder real frente al de la Iglesia. En 1785, por ejemplo, se falló en contra de la reversión de los foros a favor de los monasterios.

¹¹ RISCO, op. cit., p. 407.

¹² DURO PEÑA, Emilio, El monasterio de S. Esteban de Ribas de Sil, Ourense, Instituto de Estudios Orensanos P. Feijóo, 1977, p. 99.

¹³ BARREIRO MALLÓN, Baudilio, “La diócesis de Orense en la Edad Moderna”, en GARCÍA ORO, op. cit., p. 506.

¹⁴ CID RUMBAO, Alfredo, “Entrimo”, Gran Enciclopedia Gallega, X, Santiago, Silverio Cañada, 1974-1984, pp. 68-70.

¹⁵ CUEVA, fray Benito de la, Historia de los monasterios y prioratos anejos a Celanova, Granada, Universidad de Granada, 1991. Cf. DÍAZ Y DÍAZ/ORO TRIGO, op. cit., pp. 391-392; PÉREZ RODRÍGUEZ, op. cit., pp. 434 y 464-465.

¹⁶ PÉREZ RODRÍGUEZ, op. cit., pp. 464-465.

¹⁷ RISCO, op. cit., pp. 408-409. Contra lo que dice Risco, parece claro que el P. Manjón era uno de los curas designados para regir la parroquia, puesto que entre los abades de Celanova no se registra ningún fraile con ese nombre. ZARAGOZA PASCUAL, Ernesto, “Abadologio del monasterio de San Salvador de Celanova (siglos X-XIX)”, Compostelanum, XLV, 1-2, 2000, pp. 94-100.

¹⁸ GARCÍA ORO, José: “La reforma de los monasterios gallegos en tiempo de los Reyes Católicos”, Cuadernos de Estudios Gallegos, XXI, 1966. Sobre los efectos de la reforma eclesiástica en la diócesis ourensana vid. PÉREZ RODRÍGUEZ, op. cit., pp. 431-439.

¹⁹ SAAVEDRA FERNÁNDEZ, Pegerto, La Galicia del Antiguo Régimen. Economía y sociedad, Proyecto Galicia, III, A Coruña, Hércules, 1991, pp. 60-63. Calculando a razón de unos 3'5 individuos por hogar, cabe suponer una población de cerca de 900 personas.

²⁰ ibídem, pp. 52-54.

²¹ ibíd., pp. 146-150.

²² Fueron éstos los años 1608-1609, 1618-1620, 1627-32. ibíd., p. 150

²³ GÁNDARA, Felipe de la, Armas i triunfos, hechos heroicos, de los hijos de Galicia, Madrid, Pablo de Val, 1662, pp. 611-656. MENESES, Luis de, Historia de Portugal restaurado, Lisboa, António Pedroso Galvão, 1679-1698, I, pp. 267, 429, 431, 438, 451-452, II, pp. 85-87, 186-187, 303, 382, 471, IV, 315-335. Cf. GONZÁLEZ LÓPEZ, Emilio, La Galicia de los Austrias, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1981, pp. 289-290, 297-317 y 322-376. BARREIRO FERNÁNDEZ, Xosé Ramón, La Galicia del Antiguo Régimen, Proyecto Galicia, IV, A Coruña, Hércules, 1991, pp. 420 y ss.

²⁴ FERNÁNDEZ ALONSO, Benito, Guerra Hispano-Lusitana, Ourense, Imprenta de Antonio Otero, 1894, pp. 13, 15, 28, 40, 44, 59-60.

²⁵ Ibídem, pp. 66 y 139-140.

²⁶ ibíd., pp. 51-52.

²⁷ ibíd., pp. 60-61.

²⁸ ibíd., pp. 70 y 78. Pese a durar diez años (1703-1713), la guerra quedó reducida a una serie de escaramuzas fronterizas. GÓNZALEZ LÓPEZ, Emilio, El alba flor de lis, Sada (A Coruña), Ediciós do Castro, 1978, pp. 15 y 43-46.

²⁹ LUCAS LABRADA, José, Descripción económica del reino de Galicia, Ferrol, Imprenta de Lorenzo Riesgo Montero, 1804, [citamos ed. Santiago, El Correo Gallego, 1992], p. 81

³⁰ GONZÁLEZ DE ULLOA, op. cit., p. 198.

³¹ La mayor parte oscilaban entre los 5.000 y los 10.000 reales, alcanzado 12.000 reales de media en el arcedianato de Celanova las parroquias para las que el Conde de Monterrei tenía derecho de presentación, BARREIRO MALLÓN, op. cit., pp. 479-480.

³² RIVERA RODRÍGUEZ, María Teresa, Los pazos orensanos, A Coruña, Editorial Atlántico, 1982, pp. 462-463.

³³ REY CASTELAO, Ofelia, "Hombres y ejército en la Galicia del siglo XVIII", en III e IV Semanas Galegas de Historia, Santiago, Asociación Galega de Historiadores, 1996, p. 180.

³⁴ BARREIRO MALLÓN, op. cit., p. 532.

³⁵ SAAVEDRA, op. cit., p. 180.

³⁶ MADOZ, Pascual, Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar, Madrid, P. Madoz y L. Sagasti, 1845-1850.

³⁷ FERNÁNDEZ OTERO, José Carlos y otros, Apuntes para el inventario del mobiliario litúrgico de la diócesis de Ourense, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1983, p. 145.

³⁸ FERNÁNDEZ OXEA, Xosé, En GONZÁLEZ DE ULLOA, op. cit., p. 198, nota 347. Cf. FARIÑA BUSTO, Francisco, "Xaquín Lorenzo Fernández (1907-1989)", Boletín Auriense, XX-XXI, 1990-1991, pp. 12-16.

³⁹ BONET CORREA, Antonio, La arquitectura en Galicia durante el siglo XVII, Madrid, CSIC, 1966, pp. 65-66, 337, 418 y 554.

⁴⁰ Sobre esto vid. GONZÁLEZ LOPO, Domingo, "Aspectos de la vida religiosa barroca: las visitas pastorales", En Las religiones en la Historia de Galicia, Semata, 7-8, 1996.

⁴¹ PÉREZ COSTANTI, Pablo, Diccionario de artistas que florecieron en Galicia en los siglos XVI y XVII, Santiago, Imprenta del Seminario, 1930, pp. 542 y 366.

⁴² FERNÁNDEZ ALONSO, op. cit., p. 78.

⁴³ PÉREZ COSTANTI, op. cit., p. 409.

⁴⁴ GONZÁLEZ DE ULLOA, op. cit., p. 198.

⁴⁵ El acceso y el modo en que se cierra el atrio son destacados, junto con el caso de la iglesia de S. Mamede de Grou por GARCÍA IGLESIAS, José Manuel, El Barroco (II). Arquitectos del siglo XVIII. Otras actividades artísticas, Proyecto Galicia, XIV, A Coruña, Hércules de Ediciones, 1995, pp. 207-210. Efectivamente, la organización arquitectónica de la cancilla no presenta más diferencias entre ambos ejemplos que el tipo de pináculos empleados, mucho más elaborado en Grou que en Entrimo.

⁴⁶ LOSADA CASTIÑEIRAS, Emilio, "Arciprestazgo de Cartelle", en FERNÁNDEZ OTERO, op. cit., p. 119.

⁴⁷ GARCÍA CUESTA, Timoteo, "Entalladores palentinos del siglo XVII", Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de Valladolid, 1973, pp. 219-316. MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José, El retablo barroco en España, Madrid, Alpuerto, 1993, p. 111.

⁴⁸ Cf. ROSENDE VALDÉS, Andrés, La sillería de coro de San Martín Pinario, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1990, pp. 114-116.

⁴⁹ ARGAN, Giulio Carlo, La Europa de las Capitales, Barcelona, Skira-Carroggio, 1964, pp. 104-105.

⁵⁰ BONET, op. cit., p. 319. GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel, “La cúpula de la iglesia monasterial de Celanova, obra del arquitecto pontevedrés Pedro de Monteagudo”, Porta da Aira, 3, 1990.

⁵¹ BONET, op. cit., pp. 46-47 y 51-57. VIGO TRASANCOS, Alfredo, “La imagen del templo barroco: Tradición y renovación”, En Las religiones en la Historia de Galicia, Semata, 7-8, 1996, pp. 454-456.

⁵² Todavía en enero de 1712 la jurisdicción de Entrimo tuvo que rehusar el pago de utensilios. FERNÁNDEZ ALONSO, op. cit., p. 123.

⁵³ Sobre este abad vid. ZARAGOZA, , op. cit., p. 97.

⁵⁴ GARCÍA IGLESIAS, op. cit., pp. 204-207.

⁵⁵ CARAMÉS GONZÁLEZ, Carmen, “El escultor y entallador Francisco de Castro y Canseco”, Boletín Auriense, II, 1972, pp. 167-170. GARCÍA IGLESIAS, op. cit. pp. 261-280.

⁵⁶ Sobre esto último LIMIA GARDÓN, Francisco Javier, “El autor de la fachada del monasterio cisterciense de Santa María la Real de Oseira (S. Cristóbal de Cea-Ourense)”, Porta da Aira, 2, 1989.

⁵⁷ GARCÍA IGLESIAS, op. cit., p. 204.

⁵⁸ Fallecido en 1720, fue abad de Entrimo al menos desde 1702 según nos consta de escrituras conservadas en el Archivo Histórico Diocesano de Ourense. AHDOu. Protocolos. 1019.1. f. 33. Esc. Pérez, Andrés.

⁵⁹ FERNÁNDEZ ALONSO, op. cit., p. 101.

⁶⁰ SAAVEDRA FERNÁNDEZ, op. cit., pp. 184-185.

⁶¹ Archivo Histórico Diocesano de Ourense, Fondo Parroquial, Caja 16.4. 21. ff. 32 y 180 v-184.

⁶² *Ibidem.* f. 32.

⁶³ *Ibid.*, ff. 180 v.-183 v.

⁶⁴ Cf. RODRÍGUEZ FRAIZ, Canteiros e artistas de Terra de Montes e Ribeiras de Lérez, Pontevedra, Deputación Provincial de Pontevedra. Concellos de Cercedo e Forcarei, 1982.

⁶⁵ RÍOS MIRAMONTES, María Teresa, Aportaciones al barroco gallego, un gran mecenazgo, Santiago, Tórculo, 1992, pp. 383-388. GARCÍA IGLESIAS, op. cit., p. 26.

⁶⁶ PARDO VILLAR, Aureliano, “El convento de Santo Domingo de Betanzos”, Boletín de la Real Academia Gallega, XIX-XX, 1930-1931, pp. 59-60.

⁶⁷ GARCIA IGLESIAS, op. cit., pp. 202-210. En la segunda mitad del siglo alcanzará una elegante evolución, con proporciones más esbeltas en los casos de Sta. María de Beade y S. Miguel de Carballeda de Avia, en donde se levantan ya dos niveles de balconadas.

⁶⁸ COUSELO BOUZAS, José, Galicia artística en el siglo XVIII y primer tercio del XIX, Santiago, Imprenta del Seminario, Santiago, 1932, pp. 373-375.

⁶⁹ GARCÍA IGLESIAS; José Manuel, “Fray Gabriel de Casas, maestro de obras de San Martiño Pinario (Santiago de Compostela), ¿1686?-1709, Homenaje al Profesor Sánchez Pereda, Departamento de Historia del Arte II, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense, Madrid, Comunidad Autónoma de Canarias, 1992, p. 542.

⁷⁰ vid. supra.

⁷¹ GOY DIZ, Ana, “Los claustros benedictinos tras la reforma de los Reyes Católicos. Noticias sobre su construcción y sus programas decorativos”, en Humanitas. Estudios en Homenaxe ó Prof. Dr. Carlos Alonso del Real, Santiago, Universidade de Santiago, 1996, pp. 888-889. FOLGAR DE LA CALLE, M^a Carmen, “La época barroca en los centros benedictinos gallegos: el monasterio de San Salvador de Celanova”, Homenaje del Dpto. de H^a del Arte de la Universidad de Santiago de Compostela a la prof^a. Dra. M^a del Socorro Ortega Romero, Santiago, Xunta de Galicia, 2003, pp.357-359.

⁷² Cf. LÓPEZ VÁZQUEZ, José Manuel, “Inventariado e catalogación do patrimonio moble: metodoloxía e problemática”, en FONTELA SANJUAN, Concha (coord.), Congreso “Os profesionais da Historia ante o Patrimonio Cultural: liñas metodolóxicas”, Santiago, Xunta de Galicia, 1996, p. 61-65.

⁷⁴ ROSSI, Domenico de, Studio d’Architettura civile, II, Roma, 1711; Disegni di vari altari e cappelle nelle chiese di Roma, Roma, 1713.

⁷⁵ YÁÑEZ NEIRA, Damián, El monasterio de Oseira, León, Everest, 1994, pp. 42-43.



Vista general de la iglesia



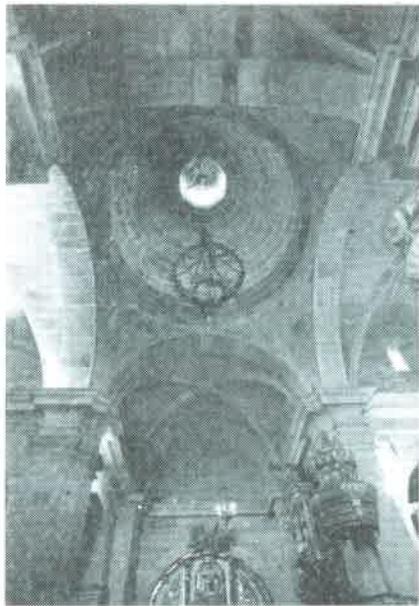
Portada Sur



Portada Norte



Visita de las naves desde el crucero



Crucero



Capilla mayor